

Lo nuevo de Gil Bera: Ninguno es mi nombre

U revista.unir.net/1839-lo-nuevo-de-gil-bera-ninguno-es-mi-nombre

Domingo, 14 Abril 2013 00:00



Autor: D.Sam Abrams

/>

Le leo a uno en internet que yo no tengo idea de Homero, y me pregunto, francamente preocupado, cómo se habrá enterado, dado el caso de que 1, yo no lo conozco de nada ni él a mí, y 2, yo no he escrito nunca nada sobre Homero. A lo mejor es que entiende el hombre que habiendo escrito uno ya tantas cosas, si no escribí nunca nada de Homero es porque no tengo idea, lo que como deducción es bastante majadera, porque sé un montón de cosas de mi vecina, pero tampoco he escrito nada sobre ella. La cosa viene de que, preguntado por **Ambos Mundos**, recomendé como lectura de verano el libro de **Eduardo Gil Bera**, *Ninguno es mi nombre*. *Sumario del caso Homero* que, contra su imponente ambición, no suscitó ningún debate entre helenistas porque al parecer ha habido radiante consenso en el gremio: el libro es un disparate (así lo califica o clasifica el helenista **Bernardo Souviron** en un apunte a una entrada sobre Tales de Mileto en su blog cuando alguien le hace un comentario sobre su aparición).

Lo curioso es que nadie se ha puesto a desmentir el disparate, quizá porque no merece la pena, quizá porque no sea ni tan fácil ni tan disparate, quizá porque están currándose y las cosas de la erudición marchan lentas, no lo sé. Entre tanto ha salido su edición en inglés, a ver si entre los helenistas anglosajones la cosa da para más. Porque lo cierto es que, para los que no tenemos ni idea de Homero, sería muy grato que quienes sí parecen –o dicen– tenerla no se limiten a ejercer de hinchas futboleros, que ya se sabe que en ese gremio –el de los hinchas– las matizaciones suelen ser pocas y es penalti siempre que uno de los nuestros cae en el área de los contrarios y no lo es nunca cuando el que cae en nuestra área es un contrario, y no digo que se tomen la molestia y el trabajo de ir punto por punto diciéndonos donde hace trampa Gil Bera y donde tergiversa pruebas para erigir su construcción –según la cual Tales de Mileto fue, además de sabio, gran poeta, editor primero de la Iliada y autor él mismo de la Odisea– pero sí que nos señalen algunas. Tachar el libro de disparate sin más es poca cosa: casi una manifestación de impotencia, de "no te puedo decir que no, pero no pienso decirte que sí". Por ejemplo, una fácil: buena parte de la argumentación de Gil Bera reside en la sospecha de que se ha traducido mal –es decir, no se ha entendido– el supuesto epitafio cretense de Tales, pues allá donde se tradujo "tumba" el texto bien pudiera querer decir precisamente "texto",

es decir, no estuviera diciendo "en esta tumba está Tales" sino "en este texto está Tales".

Más allá de que **Gil Bera** acierte o no, manipule o no, donde no cabe discusión es en lo fascinante de su libro. Gil Bera es un lector prodigioso: de esos que es capaz de ver en un pasaje que todos hemos leído muchas veces cosas que nadie había visto antes (ejemplo claro, la lectura maravillosa que hace del episodio de las sirenas, la idea, nabokoviana, imborrable, de que lo que cantan las sirenas y enloquece a los marinos es el propio texto de la Odisea). Esto sólo ya es mucho, en unos tiempos donde se diría que los investigadores se dedican a lo mismo que los macarras de discoteca: corta y pega. El suyo es un libro escrito con una aceleración y un vértigo apasionantes, nada que ver con la pesada prosa academicista que necesita ocupar media página con notas al pie y dedicar las últimas cincuenta páginas de un volumen a la bibliografía consultada. De hecho el subtítulo –un si es no es borgiano- parece delatar cierta prevención por parte del autor, como si dijese desde algún punto flaco de sus certidumbres: bueno, a lo mejor me equivoco, pero si resulta que alguien me lo demuestra, al menos aquí queda esto. Y lo que queda es verdaderamente radiante. Lo he vuelto a leer ahora, y le pasa al libro como a algunos libros de memorias –el de Claire Goll, el de Stefan Zweig– y algunas ucronías –las de Philip K. Dick: las cosas están tan bien contadas que se sustentan con el arma principal de todo relator, la convicción. Que las des como verdad o no es una operación posterior a la lectura, mientras ésta se produce lo que manda es la convicción de que lo que se cuenta es verdad. El relato se sostiene solo. Ese es el secreto de todo gran narrador: el poder de convicción. Le pasa como a la propia Iliada: que no se ajuste a lo que pasó de veras en la guerra de Troya importa más bien nada mientras la leemos.

Así que una posibilidad, no lo niego, es leer el libro de Gil Bera como cumbre de ese género que pudiéramos llamar "erudición ficticia", donde se barajen hechos probados y admitidos como ciertos por la comunidad científica y otros que, ante la falta de pruebas irrefutables, consientan la mano atrevida de la manipulación. Según esa posibilidad, lo de menos es si Gil Bera acaba demostrando sin género de dudas que su hipótesis no es tal hipótesis sino la mera verdad de los acontecimientos, lo cual sin duda hasta el propio Gil Bera supongo que tendrá por excesivo, a pesar de la seguridad con la que narra "cómo pudieron ser las cosas" y la seguridad con la que afirma que, no digo ya la Odisea, sino también el Certamen que suele recogerse entre las obras de Hesíodo, aunque no se sepa su autoría, fueran compuestos por Tales, la primera para rendir homenaje a la Iliada, continuándola, y el segundo para echarse unas risas sobre sus propias invenciones; lo que importa es la propia cápsula que encierra todo su discurrir, es decir, el propio libro, suficiente y apasionante por sí mismo con independencia de que esa suficiencia proceda de una manipulación de pruebas. Si encima resultara que la proposición de **Gil Bera** no sólo se formula de manera apasionante, sino que su formulación revelara o ayudase a revelar un misterio que lleva atareando siglos a los helenistas que combaten en ese cuadrilátero que desde hace mucho se denomina "la cuestión homérica", ya me dirán si *Ninguno es mi nombre* resultaría un libro importante. O sea, que en el primer caso el libro de Gil Bera, de 2011, podría haber optado al Premio Nacional de Narrativa y el segundo al **Premio Nacional de Ensayo**. Yo le hubiera dado los dos, por las dudas.

Parte Gil Bera de una pregunta, o más bien de la respuesta que se le suele dar a esa pregunta, y bien es verdad que, según su decidida táctica, lo hace sin academicismo alguno. ¿Quién era Homero? ¿Quién escribió la Odisea? Que sigue siendo un misterio lo saben hasta los que, como yo, no tenemos ni idea de Homero: tampoco hay mucha gente que parezca tener mucha más idea que los que no tenemos idea. Otra cosa es que importe mucho quién escribió qué, porque lo que importa es lo escrito y no quien lo escribiera. A eso no tengo más que decir que Amén. Gil Bera, con una retranca que pone en juego muy a menudo cuando nos va presentando todo su arsenal de erudición fascinante, trae enseguida al primer plano de su libro a los homéridas, aquellas docenas de señores bardos que expandieron por el ancho mundo los dos poemas, con sus papiros y sus voces encantadoras, propietarios de los derechos de autor de la Iliada y la Odisea. "Eso lo explica todo – dice Gil Bera–, si antes teníamos un misterio, ahora tenemos cientos de ellos, porque es lo más normal del mundo que esos cientos de rapsodas empiecen a recitar al mismo tiempo en islas y ciudades que estaban muy lejos unas de otras, el mismo texto". Y entonces la pregunta: ¿quién tenía

el poder para poner en marcha una empresa así? Y la sospecha: Sólo ese personaje poderoso tuvo que ser el primer editor de los poemas. En **Diógenes Laercio** encuentra una referencia, en la entrada dedicada a Tales, a otro Tales. Y las cejas del investigador se levantan de inmediato: ese otro Tales – que termina siendo el mismo Tales de Mileto– será el primer sospechoso. Como novela policiaca he ahí quizá el único punto negro del libro de Gil Bera: eso de que el primer sospechoso sea el criminal, pero se le perdona. A partir de ahí la investigación se encamina a averiguar quién fue Tales de Mileto y por qué razón hay pruebas suficientes para imputarle la edición de la Ilíada y la composición de la Odisea, dos milagros que llegaron, como sabemos hasta los que no sabemos nada de Homero, de repente y en un breve lapso de tiempo, y que enseguida alcanzaron un enorme y portentoso prestigio que, por fortuna, continúa en buena forma.

Puede que Gil Bera no haya sido capaz de convencer a la comunidad científica –ejem– de que sus hallazgos tienen visos de verosimilitud, o puede que la comunidad científica, a sabiendas de que el investigador es uno de esos molestos “independent scholars” que van a lo suyo y no respetan jerarquías ni reciben subvenciones ni soldadas, se haya encogido de hombros y haya emitido un email multitudinario que dijese simplemente: Ni caso. No lo sé. Lo que sí sé es que el libro de Gil Bera es un libro fascinante. Cumple con un requisito clásico: instruir deleitando. Y su único defecto bien visible es que no hace falta saber nada de Homero para quedar hechizado por su decisivo encanto.

Juan Bonilla